

cificamente al término de su destino; mas no por eso suspendió su marcha.

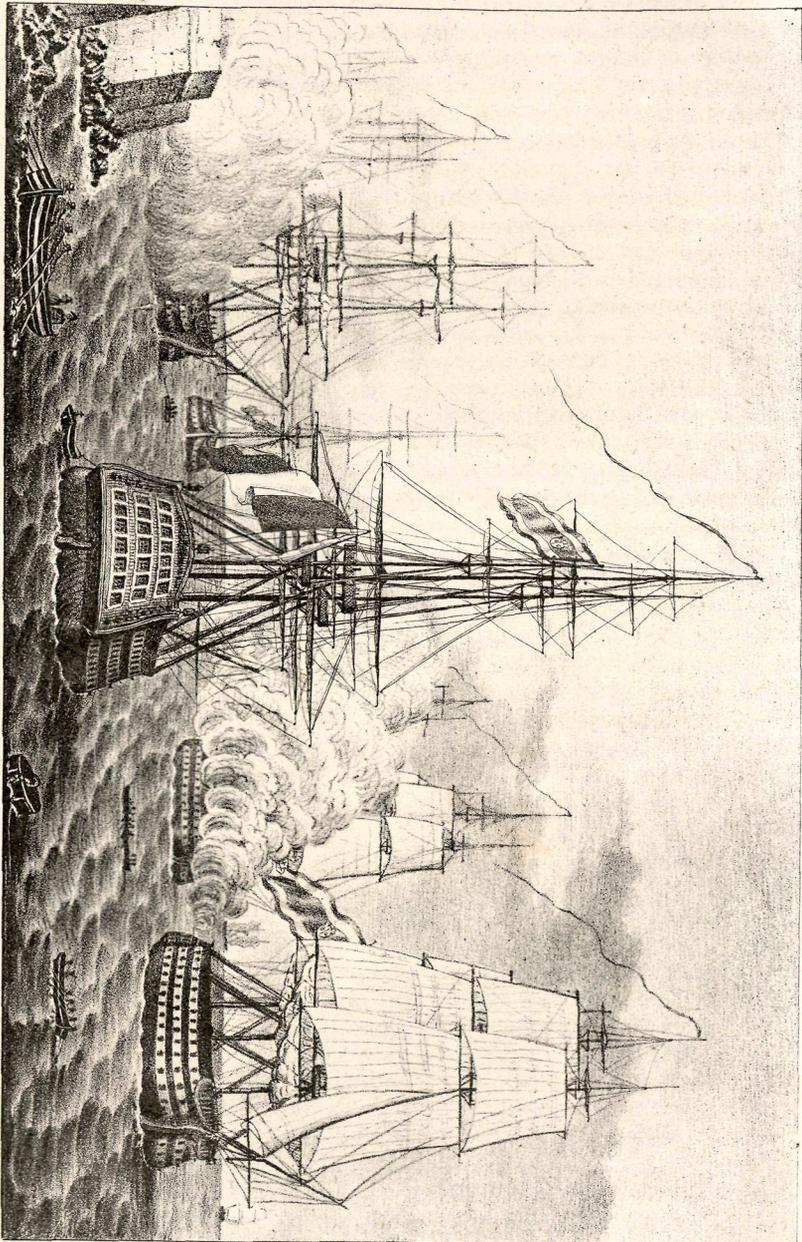
Dos leguas antes de llegar á Córdoba existe la venta de Alcolea, cuyo nombre es de origen árabe, y está situada junto al rio Guadalquivir, al cual sirve de paso por medio de un magnífico puente de mármol negro, que consta de diez y nueve arcos y viene á tener como unas doscientas toesas de longitud. La construcción de este puente es tal, que en vez de ser recto como los demás, sigue en línea torcida formando un ángulo que corta la corriente, no pudiendo por lo mismo ser enfilado por la artillería. La margen izquierda del rio donde está la venta es montañosa lo mismo que la otra; pero esta es mas escarpada que aquella. Los españoles al mando de D. Pedro Agustín de Echevarri, coronel antes del levantamiento y promovido á general por el pueblo de Córdoba á cuyo frente se había puesto, esperaba á los franceses en el puente con ánimo de impedirles el paso. Su gente se reducía á un destacamento de granaderos provinciales de Andalucía, al batallón de infantería ligera de Campomayor, á otro destacamento del regimiento suizo de Reding número 3, y á algunos regimientos provinciales con unos cuantos escuadrones de caballería, ascendiendo toda la fuerza á tres mil hombres de tropa de línea y hasta unos cuatro ó cinco mil paisanos armados. Los españoles construyeron con precipitación una cabeza de puente y colocaron en ella doce cañones, situándose la mayor parte de nuestras tropas á la margen derecha del rio, y quedando la caballería á la izquierda, á fin de acometer al enemigo por el flanco y espalda cuando intentase el ataque de frente. Buena era la posición de los españoles; pero para resistir á unas tropas como las que mandaba Dupont, se necesitaba otra gente mas disciplinada que la mayoría de los nuestros, y otro jefe que al valor de Echevarri uniese los conocimientos militares que faltaban á este.

Los franceses llegaron delante del puente de Alcolea en la madrugada del 7 de junio, y bien pronto se empeñó de una orilla á otra el fuego de artillería y fusile-



COMBATE DEL PUENTE DE ALCOLEA.

ria. Observando Dupont el cuerpo de caballería española que amenazaba su flanco izquierdo, hizo avanzar contra ella al general Fresia con su división sostenida por el batallón de marinos de la guardia, y los caballos franceses consiguen contener á los nuestros sin desbaratarlos. Mientras Fresia verifica sus cargas, reconoce Du-



*P. Peters del. Lit.*

RENDICION DE LA ESCUADRA FRANCESA SURTA EN CADIZ.

*Lit. de Manany y Cia*



pont que el puente no está cortado, y hace formar en columna de ataque á la guardia municipal de Paris mandada por el mayor Esteve, y seguida por la tercera legion que se lanza detras. Verificada la embestida, consiguen los nuestros rechazar al enemigo, distinguiéndose el oficial Lasala con los suyos del batallon de Campomayor y con los granaderos provinciales, los cuales sostienen la cabeza del puente con un valor digno de elogio, haciendo llover con notable acierto sobre los franceses el fuego de la artilleria. Rehecha y reforzada la columna francesa acomete de nuevo con impetu, y amedrentando al inesperto paisanage le obliga á declararse en fuga desamparando á la tropa. Este fué para los imperiales el momento decisivo, pues redoblando sus esfuerzos y precipitándose en el foso consiguen escalar la posicion española, subiendo unos en las espaldas de otros, y fijando en la escarpa sus bayonetas para servirse de ellas como de escala. La bravura de los de Campomayor en defender aquella obra recién construida es desgraciadamente inútil. Los franceses arrollan cuanto se les pone delante, y atravesando el puente á todo correr se hacen dueños del campo, cayendo en su poder la villa de Alcolea con una pieza de cañon y varios cajones.

Nuestra pérdida en aquella accion hubiera sido considerable, á poder seguir los franceses el alcance de los paisanos fugitivos; pero gracias al foso que estorbaba el paso á los caballos franceses, y gracias tambien á la carga que, mientras el enemigo se ocupaba en hacer el camino transitable, dió el cuerpo español que se hallaba situado á la margen izquierda, pudo Echevarri ganar un tiempo precioso, reuniendo sus tropas de linea en el camino de Córdoba y verificando su retirada con órden. Los franceses tuvieron doscientos hombres fuera de combate, y otros tantos nosotros. Cegado el foso por Dupont y habiendo conseguido hacer pasar el puente á su caballeria y artilleria, aguijó el movimiento sobre los nuestros, acrecentando el azoramiento en los paisanos, los cuales se dispensaron en todas direcciones; pero los cuerpos veteranos siguieron tranquilamente su retirada precedidos de la artilleria, entrando en Córdoba á las tres de la tarde.

La consternacion que reinaba en la capital del reino cordoves era la que puede inferirse teniendo encima al vencedor, y hallándose sin medios de contrarestarle. Los habitantes habian cerrado las catorce puertas que sirven de entrada á sus muros, contruidos en parte por los romanos y en parte levantados por los árabes; pero al tomar esta actitud, hacianlo menos por defenderse que por retardar la invasion y tener tiempo para huir. Algunos soldados y paisanos, mas bravos y arrojados que prudentes, intentaron defender la entrada de la poblacion, haciendo fuego sobre los franceses desde las casas inmediatas á la Puerta-Nueva; pero abierta esta á cañonazos, viéronse las tropas españolas precisadas á abandonar apresuradamente el recinto, dirigiéndose en desórden á Ecija con su gefe Echevarri, mientras el enemigo entraba en Córdoba mezclado y confundido casi con los que huian. Irritado Dupont con aquel conato de resistencia, olvidó lo que se debe á sí propio el general en gefe de un ejército digno de apellidarse tal, y la patria del gran capitan quedó pronto convertida en teatro de esas atrocidades que tanto desdican de los valientes, y las cuales no puede nunca disculpar quien escriba los anales de la guerra en el siglo ilustrado en que vivimos. Los franceses entraron hiriendo y matando á los indefensos habitantes, convirtiéndose las calles bien pronto en la mas sangrienta carniceria. No contento con esto Dupont, concedió á los suyos el saqueo de la ciudad por tres dias consecutivos, siendo el resultado la desaparicion de inmensas fortunas y el robo de cuantas preciosidades, tanto públicas como privadas, pudieron servir de cebo á la rapacidad estrangera. Mas no todo fué robar riquezas, pues tambien la casa del pobre vió desaparecer su humilde ajuar, que la codicia, lo mismo que la muerte, iguala á veces los palacios y las cabañas. Y al cabo hubiera parado aqui el horrible y nefando atropello, y los habitantes de Córdoba habrian podido decir á los franceses lo que el principe de los historiadores romanos pone en boca del esposo de Virginia, dirigiendo su discurso á Appio Claudio y á los Decemvros: *Savite in*

*tergum et in cervices nostras; pudicitia saltem in tuto sit.* Pero los vándalos del Sena atentaron también al pudor, y arrebatando á los vecinos sus inermes y desoladas



mujeres, las convirtieron en objeto de su brutalidad, llevándoselas á los campamentos, si es que no encontraban al paso alguna iglesia, pues entonces las violentaban allí, añadiendo al estupro el sacrilegio. Las armas de la ciudad, consistentes en un escudo coronado con nueve castillos y otros tantos leones por orla, y en medio un león con el corazón descubierto y traspasado con una saeta, bien podían entonces considerarse como el símbolo del horrible dolor que poseería á los moradores durante aquellos espantosos días. Los franceses hirieron á Córdoba, y la hirieron en el corazón. Las fortunas, que según las posiciones sociales equivalen al ser y á la vida, la religión que es mas que la fortuna, la honra que el hombre tiene á veces en mas que á su Dios.... todo fué escarnecido y hollado por un jefe cruel é impudente, incapaz de elevarse á la altura en que le constituía su puesto, y mas incapaz todavía de apreciar en su justo valor las fatales consecuencias que él y otros de sus compañeros del mismo temple hacían recaer sobre la causa cuya defensa estaba á su cargo. ¿Estrañaremos ahora que el pueblo español fuese invencible, siendo tan inicuaamente tratado? La Peninsula en aquella lucha habria acabado por ser francesa, si los encargados de convertirla en tal, y el emperador sobre todo, hubieran antes hecho un esfuerzo por ostentarse españoles.

Concluido el saqueo de Córdoba apoderóse Dupont de diez millones de reales sacados de la tesorería y consolidacion, tras lo cual impuso á los habitantes contribuciones terribles. El general Laplace, nombrado gobernador de Córdoba y alojado en la casa del conde de Villanueva, pagó á este el hospedage que le proporcionó tomándole dos mil ducados y exigiéndole ademas ocho mil reales de contribucion. Tantas atrocidades y vejaciones hicieron subir de punto en los tres reinos de Andalucía el odio al nombre frances, no siendo de estrañar, vistas las depredaciones y atrocidades cometidas por el invasor, las crueles represalias ejercidas en breve contra él en diversas partes de la Peninsula. El que siembra coje, dice un refran.

Dupont habia dejado en Alcolea el batallon de marina de la guardia imperial para guardar el paso del Guadalquivir, encargándole la recomposicion del puente. Al obrar así, no lo habia hecho sino con el objeto de tener espedito aquel paso para los refuerzos que esperaba; pero bien pronto hubo de quedar reconocido

á su prevision, puesto que él fué el primero en necesitarlo, verificando un movimiento retrógrado y cediendo á la fuerza de las circunstancias, en vez de encaminarse directamente á Sevilla y de allí á Cadiz, como al salir de Toledo habia presumido, prefijando el dia preciso de su entrada en una y en otra poblacion. La junta de Sevilla, lejos de amedrentarse por nuestra derrota en Alcolea, habia por el contrario previsto aquel contratiempo y hasta la entrada del enemigo en Córdoba. Sabida la noticia que con tanta probabilidad esperaba, redobló en tales términos su celo y actividad, que impuso con sus enérgicas medidas al general Dupont, llamando á las armas á toda la juventud, y recompletando con ella las bajas que habian experimentado los cuerpos hasta ponerlos en completo pié de guerra. Los paisanos acudian de todas partes á alistarse como voluntarios, llenándose con ellos el cupo de los cuerpos antiguos, y levantándose otros nuevos de infanteria y caballeria, poniéndose ademas sobre las armas las milicias urbanas en todos los pueblos que las tenian, creándose otras donde no existia esa institucion, y resultando al fin de todo esto multitud de gente sobrante que por no haberla creido necesaria, se vió la junta en precision de despedirla hasta nueva orden. La ciudad de Jaen se puso en armas, preparándose á rechazar al invasor si intentaba llegar hasta ella. Granada organizó en pocos dias seis batallones bajo la direccion del general Reding, llegando poco despues á poner sobre las armas, entre los cuadros que completó al pié de guerra y los cuerpos nuevos que puso en campaña, mas de treinta y tres mil infantes y tres mil caballos. Libre Cadiz del cuidado que le daba la escuadra francesa anclada en su bahia, envió todas las tropas que se hallaban en su recinto y en sus inmediaciones á reunirse con el ejército que se estaba organizando en Utrera, siendo tan extraordinaria la actividad que reinaba aquí, que bastaron diez y seis dias para improvisar un ejército capaz de disputar el triunfo á Dupont si llegaba á medirse con él.

El general frances quedó aturdido al observar las primeras muestras de aquella decision sin ejemplo, y mas cuando vió la insurreccion brotar á su espalda y rodearle por todas partes, interceptando sus comunicaciones con Madrid hasta el punto de no consentirle hacerle llegar á la córte á su debido tiempo ni los oficios que enviaba en demanda de refuerzos, ni aun el parte oficial de su entrada en Córdoba. Habia quedado en Andujar un oficial frances encargado de reunir allí los soldados y destacamentos aislados; y habiendo pasado el Guadalquivir una porcion de paisanos de los alrededores de Jaen, sorprendieron en la noche del 9 de junio al destacamento frances, haciéndolo prisionero y matando á su comandante con otros tres de su guardia. En la villa de Montoro, donde habia quedado igualmente otro destacamento á fin de conservar el puente que aquella poblacion tiene sobre el Guadalquivir, y con objeto de procurar la recoleccion de víveres, insurreccionóse por los mismos dias el alcalde D. José de la Torre, y auxiliado del paisanage consiguió apoderarse del puente y del destacamento, enviándolo á la isla de Leon prisionero con su comandante. Poco despues sorprendió el mismo alcalde un convoy de carros que iban para Córdoba escoltados por cuarenta y nueve franceses, matando cuarenta de ellos y haciendo cuatro prisioneros; pero habiendo Dupont enviado mil hombres para incendiar á Montoro y traerse preso al alcalde, fué este sorprendido y condenado á muerte, debiendo la vida al general Fresia que intercedió por él, en consideracion al hospedage que al ir los franceses á Córdoba habia recibido en su casa. Los contrabandistas de Sierra-Morena, renunciando á la vida pasada á fin de dedicarse á la guerra contra los franceses, organizáronse repentinamente y ocuparon los desfiladeros de la Sierra. La insurreccion se estendió hasta la Mancha, por donde los franceses habian tranquilamente pasado pocos dias antes. Los vecinos de Santa Cruz de Mudela acometieron á unos cuatrocientos franceses que habia allí, matando á muchos de ellos y obligando á los demas á huir, despues de apoderarse de las provisiones de galleta que Dupont habia dejado en aquel pueblo. El furor popular pasó los límites del patriotismo en varios puntos, como sucedió en Manzanares, donde fueron asesinados sin piedad los enfermos

franceses que habian quedado en el hospital militar establecido alli. El general de brigada René, gefe de estado mayor que habia sido del ejército frances en Egipto, donde habia merecido por su valor una reputacion eminente, fué cogido por el paisanage de la Carolina al tiempo que marchaba á reunirse al cuerpo de observacion de la Gironda, siendo echado vivo por aquellos hombres feroces en una caldera de agua hirviendo. Otros oficiales franceses, entre los cuales se contaron el capitan de estado mayor Caynier y el comisario de guerra Vaugien, fueron tambien quemados ó aserrados vivos. Atrocidades espantosas y que el historiador imparcial no puede escusar en manera alguna, ni aun á pretexto de represalia por las que tuvieron lugar en Córdoba. Téngase, sin embargo, presente que el que provocó esos horrores fué tan solo el ejército frances: á él se debe el honor de la iniciativa.

No pudiendo trasladarse con seguridad de unos puntos á otros los destacamentos franceses cuando eran débiles, viéronse sus gefes en precision de formarlos mas numerosos. Queriendo reunirse á Dupont el general Roize con cuatrocientos convalecientes que se habian reunido en los hospitales de Toledo, vióse asaltado por una nube de insurgentes en las llanuras de la Mancha y forzado á reple-



SUBLEVACION DE LA MANCHA.

garse al abrigo de un cuerpo de quinientos cazadores de caballería que el general Liger-Belair, salido de Madrid pocos dias despues, conducia al ejército. Fué este choque el dia 5 de junio. Reunidos los dos destacamentos el 6, revolvieron sobre Valdepeñas, cuyos habitantes se habian opuesto á su paso, y despues de un reñido combate en que los franceses perdieron mas de cien hombres, entró Liger-Belair en la poblacion, incendiando sus edificios y degollando á los moradores. La fiera y atrocidad con que unos y otros combatian eran tales, que temiendo quedar anonadados reciprocamente, convinieron poner término á tantos horrores. Los cazadores franceses entretanto recibieron orden de retrogradar hácia Madrid, y no sabiendo los generales en dónde encontrarían á Dupont, replegaronse á Madrilejos, no atreviéndose á forzar el paso de Sierra-Morena que suponian atrincherado por los españoles.

Cortadas las comunicaciones de Dupont con Madrid, y sabiendo la actividad

con que las juntas sevillana y gaditana se preparaban á embestirle, conoció lo crítico de su situación en Córdoba, y determinó retirarse, como en efecto lo verificó el 19 de junio por la tarde, dirigiéndose á Andujar, adonde llegó el 19, llena el alma de pena con las últimas y tristes noticias de la rendición de la escuadra y de la imposibilidad en que se hallaba de recibir los socorros que Junot debía enviarle desde Portugal, socorros que era inútil estar aguardando, atendida la mancomunada insurrección de Andalucía y Estremadura. Los paisanos de Jaen y de sus contornos habían pasado el Guadalquivir, y cuando Dupont se aproximaba á Andujar, inquietaron vivamente su retaguardia. Irritado el general francés con aquella ciudad, tanto por este motivo como por la muerte dada al comandante francés encargado de reunir las partidas aisladas, resolvió castigarla inmediatamente, enviando á este fin un fuerte destacamento al mando del capitán de fragata Baste, que del ejército de mar había pasado á servir en el de tierra. Derrotados los insurgentes en el primer encuentro que tuvieron, repasaron el Guadalquivir con notable pérdida, tras lo cual siguió Baste su marcha, presentándose delante de Jaen el 20 de junio. Había Dupont pedido víveres á esta ciudad para el mantenimiento de su ejército cercado de espantosa carestía; y como Jaen se hubiera negado á darlos, tenía Baste el encargo de exigirlos de nuevo. Esta segunda intimación irritó á los vecinos, los cuales tomaron las armas y empezaron á hacer fuego por todas partes, resultando muerto uno de los soldados que acompañaban al parlamentario enviado por el jefe de la expedición. Baste entonces hace avanzar una parte de sus tropas, las cuales entran por las calles de Jaen, dándola al saco y cometiendo los mismos desórdenes que habían tenido lugar en Córdoba. El resto de las tropas francesas entró el 21, siguiendo las atrocidades por algunas horas; visto lo cual, y conociendo la junta lo inútil de la resistencia, capituló con el enemigo, prometiendo verificar la entrega de los víveres si se ponía término al saqueo. Fiados los franceses en la palabra de la junta, evacuaron la ciudad el mismo día 21; pero los víveres no se remitieron, como veremos después.

El aislamiento en que Dupont se hallaba desde su entrada en Andalucía, continuaba teniéndole inquieto, y no cesaba de pedir refuerzos al gran duque de Berg, á quien suponía encargado de la lugartenencia general del reino lo mismo que antes. Tanta insistencia en demandar socorros á Madrid, y tanta tardanza en recibirlos, no sabía el general francés en qué consistía. Murat se hallaba gravemente enfermo desde los primeros de junio; y su dolencia, atribuida por los franceses á



ENFERMEDAD DE MURAT.